

# REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, DOMINGO 15 DE FEBRERO DE 1920

Nº 13

## Don Benito

UN día del pasado enero, un cable de París dijo: «El célebre novelista Pérez Galdós, ha muerto».

Con el mismo tranquilo laconismo, quizá con un número mayor de palabras, anunció más tarde la muerte de la esposa de un diplomático como hay muchos, cuyo único mérito estribó probablemente en saludar con aires de reina y en recibir en sus salones con amabilidad también real a todo el mundo.

Después, cada uno de nuestros diarios le concedió un pequeño espacio a la noticia, y comentaron con su indiferencia de comerciantes la desaparición de tan majestuosa inteligencia.

Por ahí alguien, talvez un incondicional admirador de Benavente, escribió así: «Sus obras podrían figurar al lado de las de Valera y de Alarcón». Y más adelante añade que también hizo obra para teatro, pero que en este arte no descolló.

Al leer tales líneas, busqué el olvido de tan vacía opinión en las páginas de Pérez de Ayala a propósito de la representación de Sor Simona, drama de Galdós: y experimenté con ello profunda alegría, porque sentí que Pérez de Ayala ama la obra galdosiana como la amo yo, y porque es éste un alto crítico en cuya labor se encuentran aquellas tres posturas que el hombre serio de verdad toma para juzgar la falta de seriedad de los demás hombres. (\*)

Yo no sé de la vida íntima de don Benito, nada más que en sus últimos años estuvo ciego, y de una su hija llamada Ilanda: eso es todo. Pero amo su labor profundamente, y a ratos me ha parecido tan grande como Shakespeare. Lo mismo que el poeta inglés, manejó con sabiduría el egoísmo humano en nobles y plebeyos, en espíritus simples y espíritus altos. La doliente Gloria parece hecha para sobrevivir al siglo en la que viera la luz y quizá perdure tanto como Desdemona u Ofelia, y doña Perfecta alcance la edad de lady Macbeth. «El Abuelo» creérase forjado en el mismo taller en que otro cerebro trabajó «El Rey Lear».

(\*) Véase el artículo de este autor: «Las Máscaras», que se publicará en el próximo número.

Imagino que a este don Benito le fué otorgado el don que yo habría pedido para mí a un genio o a una hada, si genios y hadas no fuesen una hermosa mentira y si uno de ellos se hubiese dignado ofrecerme sus poderes: yo lo habría desdenado todo por la propiedad de internarme a mi an-



Pérez Galdós

(Visto por BAGAÑA).

tojo en los seres que eligiese: ser por la mañana mendigo y en la noche emperador; vivir hoy dentro de la bella mujer que se recrea ante el remanso que hace la luz en su espejo y mañana en la desteñida muchacha que pasea sus ojos hambrientos de ilusión por las calles; sentir como el hombre colmado de honores y el presidiario; ser esta semana una mujer perdida y la otra una santa; ser gusano, nube, agua estancada, flor... Y ante sus libros alineados en el estante, comprendo que este don maravilloso les es concedido a veces a los hombres. Para escribirlos, Pérez Galdós se diluyó dentro de la humanidad, contempló de

cerca su inconsciencia y su misterio.

Nunca he hallado un novelista cuyo método para tirar de las cuerdas que mueven a sus personajes, me haga la impresión del de éste, que se me antoja idéntico al de las divinidades que tiran de las que nos manejan a nosotros los humanos. No hay aquí el pironismo de Anatole, ni la helada sonrisa irónica de Eca de Queiroz. Uno lo imagina sacando sus figuras de la realidad—como quien dice sacándolas de la nada—y moviéndolas con la misma plácida seriedad en el rostro, que había en el de Jehová cuando sopló en la pelotita de arcilla para que Adán fuese sobre el haz de la tierra.

Hay pasajes en donde uno se detiene para preguntarse: ¿es ironía, es sátira, es humorismo lo que hay aquí? No, no es nada de esto: ¡es tan tibio para que sea ironía! ¡Es tan piadoso para que sea sátira! ¡Es tan grave para que sea humorismo! Y uno acaba por responderse: Es la misma amorosa indiferencia con que Dios trata a sus hijos.

Valera y Alarcón están (para mí) entre aquellos creadores de caracteres que hacen exclamar a menudo a sus lectores:—Admirable! Es lo mismo que pasa en estos mundos! Así es con esas flores artificiales muy bien imitadas, las cuales obligan a prorrumpir a quien las contempla en exclamaciones:—Oh! habría jurado que son naturales! Si hasta perfume tienen!

En Galdós no se necesitan interjecciones ni juramentos, porque es como estar en un punto *civilizado* del planeta. Es tan humano lo que acontece en sus libros que uno olvida que lee y cree sencillamente estar viviendo.

Su naturalismo no es el de la escuela de Zola: es el de la naturaleza para la cual no existen escuelas.

Al alcance de mi mano están sus libros.

Mi pensamiento pone el oído y se extasia con el murmullo de vida que sale de ellos: es Marianela que canta, Gloria que solloza, Fortunata la pecadora sin malicia, en conversación familiar con la hostia de la custodia; es la dulce ingenuidad de Jacinta, el epicurismo de mala ley de Juanito Santa Cruz, el estúpido egoísmo de los de Tellería, la tristeza y la honradez de León Roch, la inutilidad de Rai-

mundo, aquel pasmoso talento impro- ductivo de la familia Bueno de Guzmán; la ordinaria tragedia del abuelo en «Miau», la misericordia inmensa del cándido corazón de Benigna... ¿A qué tratar de repetir los nombres de cada uno de los hombres y mujeres que pueblan sus obras, si las hay que parecen ciudades? Hombres y mujeres que fluctúan entre el vicio y la virtud, que ríen y lloran como sólo las criaturas de Nuestro Señor saben hacerlo!

Luego estos rumores se ahogan en el estampido del cañón, toques de clarín, lamentos de moribundos e imprecaciones de los héroes de los «Episodios Nacionales» que nada tienen que envidiar a los de Homero. Es Trafalgar: Churruca que se desangra, el Santísima Trinidad que se hunde; Zaragoza, Palafox, Godoy, la reina

María Luisa con su alma perversa de manola, como si hubiese abandonado el lienzo de Goya para venir a pasear su desenfreno por estas páginas; Bailén, El 2 de mayo, El Empecinado, Los Arapiles, Carlos IV, Fernando VII....

Qué amalgama de astros, nieve, lodo y sangre! Por todas partes serpientes que se arrastran y águilas que emprenden el vuelo!

Y entre tanto horror, el suave encanto de Inesilla hace pensar en la luna nueva sobre el cielo que cubre un campo de batalla; y el candoroso heroísmo de Gabrielillo, en el gorjeo del gorrión que se posa en la boca del cañón vigilante en lo alto de la torre de una fortaleza.

CARMEN LIRA

Febrero de 1920.

## Un punto de vista americano

HAY en los Estados Unidos, como en toda tierra en donde respira el hombre, conciencias rectas que ponen la justicia por sobre toda otra consideración. Una de esas conciencias vive en un ciudadano americano, corresponsal de *The World*, de quien infortunadamente no conocemos sino las iniciales: firma H. G. S., en Detroit, el 8 de Setiembre una carta que titula «Las Reservas y Méjico».

Aplica el calificativo *Reservas*, a las que pidieron algunos Senadores Republicanos de los Estados Unidos para que la Doctrina Monroe, reconocida en la Liga de las Naciones, fuese más explícita y más coercitivamente definida en contra de las Repúblicas Latinas de América.

Con ese motivo, el corresponsal de *The World*, americano y todo, adopta el mismo punto de vista que asumimos nosotros días ha, que publicó *Colombia* y que no quisieron contemplar ni el Gobierno ni el Congreso de nuestra patria. En este caso resulta que el yankee vela mejor por los intereses colombianos—idénticos a los mexicanos—que muchos y muy distinguidos compatriotas. Dice, entre otras cosas, éstas:

«Me he interesado especialmente en la cuarta *Reserva* (la relativa a la Doctrina Monroe) cuyo verdadero título, me parece, debía de ser: *El rapto de Méjico*. La Doctrina Monroe fué formulada con un propósito definido; pero ahora resulta que si nos adherimos a la Liga, el problema de si tal o cual cuestión cae o no bajo el control de esa Doctrina, es asunto que debe decidirse únicamente por los Estados Unidos. Esto se parece a algunas de nuestras famosas cartas de privilegio, expedidas en tiempos pasados, con las cuales una Corporación podía hacer lo

que quisiera, sin traspasar los límites de las cartas—las cuales no tenían límites—.

Qué oportunidad para ir a Méjico, limpiarlo, expropiar sus tierras y poner en regla todos sus títulos dudosos! Con las *Reservas* adoptada es inútil que Méjico acuda a la Liga, porque puede ocurrir que no se le permita ampararse a ella, en razón de la *Reserva* misma. No se necesita incomodarse por saber si la acción intentada por Méjico es tan clara como la luz del día, y aunque nadie lo ponga en duda, basta simplemente que digamos que cae bajo la Doctrina Monroe y que está cubierta por la cuarta *Reserva*. Esto es peor que el monte con tres cartas, porque en el juego hay la posibilidad de que acuda la policía, pero aquí no puede intervenir porque nosotros somos los únicos jueces en cuanto al alcance y significado de la Doctrina...

Ya podemos comenzar a comprender las razones de los sentimientos de Carranza contra los americanos, y por qué el peón mexicano empieza a dar indicios de odio contra este país. No podríamos asegurar que estén ciegos».

Ojalá el Ejecutivo colombiano, autorizado por el Congreso para adherirse a la Liga de las Naciones, antes de hacerlo medite estas opiniones de un hijo de los Estados Unidos, y especialmente estas palabras, casi idénticas a las que nosotros habíamos escrito: «Con la *Reserva* adoptada (y aun sin la *Reserva*: basta con el Art. 21 de la Liga) es inútil que Méjico (o cualquier república hispanoamericana) acuda a la Liga, porque puede ocurrir que no se le permita ampararse a ella, en razón de la *Reserva* misma o del artículo 21».

C. E. RESTREPO

(Colombia, Medellín).

## Cloto, Láquesis, Atropos y el Viajero

*¡Hilanderas, hilanderas,  
que tejéis el blanco lino  
de los campos del Señor!  
¡Viejecitas hechiceras,  
hilad siempre los destinos  
de los hombres, con amor!*

*¡Vuestras manos sean ligeras  
al torcer el débil hilo  
del vivir!  
¡Aprestad vuestras tijeras  
y que corten con buen filo  
mi existencia, al concluir!*

*Cloto, la primera parca  
sin dejar de hilar contestada  
desde su silla de plata:  
«Tengo el copo entre las manos;  
de aquí sale toda vida  
que ha de ser.  
El Señor de los Arcanos  
me da la hebra bendecida  
a tejer!*

*Y los hilos van saliendo  
de mis manos, desiguales,  
unos flacos, otros fuertes...!  
Mi deber es ir tejiendo  
y si salen desiguales  
¡oh mortales! ¡es la suerte!»*

*Láquesis, la otra hermana  
desde su silla de oro,  
dulcemente, así le habla:  
«Le doy vueltas a mi rueca  
donde el hilo se hace fuerte  
y resistente!  
Acaricio con mi seca  
mano, el hilo del viviente  
que no advierte  
al salir de entre mis manos,  
lo perfecto de la trama  
bien urdida!  
¡Yo les doy a los humanos  
todo el largo que reclama  
el empleo de sus vidas!»*

*Y Atropos la más blanca  
cuya silla es de diamante,  
le dice con voz cascada:  
«Recogiendo en un ovillo  
los hilos que se han hilado,  
vivo yo.  
Mi trabajo es tan sencillo  
que aunque ciega me he quedado  
lo hago yo.*

*Mis dos hermanas ligeras  
me avisan cuando terminan  
una existencia de hilar,  
y yo cojo mis tijeras  
que nunca se desafilan,  
porque ha llegado el momento de cortar!*

*«Y aunque me tiembla la mano  
no puedo hacer otra cosa!...  
El Señor  
destinó a mi débil mano  
esta misión tan piadosa  
de su amor!»*

*El Viajero así les habla,  
al partir de su palacio  
de la luna, donde se halla:  
¡Hilanderas, hilanderas,  
proseguid vuestra tarea  
sin cesar!  
Que en vuestras manos ligeras  
mi vida, de seda, sea  
no difícil de cortar!  
¡Hilanderas, hilanderas  
que se cumpla mi destino!...  
¡Aún os falta mucho lino  
por hilar!»*

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, 1920.